

ROSAMEL DEL VALLE

***EL SOL ES UN PAJARO
CAUTIVO EN EL RELOJ***

Colección "El Viento en la Llama"

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

VISITACION DE BIBLIOTECAS
E IMPRENTAS

✻ - 5. AGO. 1963 ✻

DEPOSITO LEGAL

"El universo es una
catástrofe tranquila".

Saint POL ROUX

LA SIRENA EN EL JARDIN

"Un poeta debe dejar huellas, no pruebas. Sólo las huellas hacen soñar".— RENE CHAR.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Gaviotas traspasadas por el sol revolotean en mágico encantamiento sobre el East River. Un principio de sueño, variable, alegórico siempre y siempre el mismo en su esencia. El ruido de la tierra, el ruido de las cosas en el exilio. Y una angustia. Una angustia extraña, absurda, tenaz, **como consecuencia**. Una manera de aquiescer a la voluntad del fantasma que me acompaña, certero en su manera de despertarme. Ruido y angustia en Manhattan, en Amsterdam, en París, en Londres, en Bruselas, en Ginebra, en Roma, en Florencia, en Berna, etc. Ruido de Nueva York, angustia de Virgilio en el retorno. Ruido de las obras de arte en los museos, angustia de Noé en el arca, sonambulismo de las multitudes en afán de desprenderse del abismo. **Nostalgia** sería la palabra más sim-

ple, la más favorable y la más inútil. A veces contemplación pura, ideas pálidas, excepción hecha de las poéticas. Un placer y un arrastrarse primitivos. Un sol demasiado Van Gogh, una noche demasiado Novalis, siempre un estremecimiento no identificable. Entre todo y claramente algo así como el temor de perder las raíces. Uno de los peligros del exilio, si es que existe alguno. Pero, ¿cómo? Soy todo raíces, raíces extendidas en profundidad, brillantes, ruidosas, imposibles de desprenderse o de ser desprendidas. Mi propio mito, quizás.



El primer golpe del mundo extraño, del mundo que no es de uno, parece terrible. Más tarde desaparece la **paura**, las gentes son lámparas errantes y uno a la vez se metamorfosea en lámpara y pasa a formar fila entre millones de otras lámparas. Surge el lenguaje, metamorfoseado a su vez, y se abre el mundo. En seguida todo es como uno creía que no era. Incitaciones secretas del lenguaje mineral, del lenguaje vegetal, del lenguaje animal, del lenguaje humano. Alegorías, misteriosas alegorías. Ciudades y paisajes, alegorías todavía. Y el espíritu, también alegoría. En una palabra, uno ínfimamente e infinitamente en todo. Soles de distinto brillo, mares de distinto ruido, tierras de distinta magia. **Brillantes arañas en esa tela que tiembla en las miradas, conversación de la hierba musical en la vibración de una mujer a nado en las palabras.** El amor, siem-

pre el amor atravesado por hilos iridiscentes. Y mis venas, el mapa de la tierra dibujado a todo color por el ciego que cuida del mar durante la noche.

●

Además hay algo que siempre estoy verdaderamente temiendo perder y que, precisamente, no es la tranquilidad. Por ejemplo, un sueño. ¿No se llama sueño a esa idea mantenida, sostenida como razón y objeto de toda preocupación, especie de halo mágico, necesidad de vivir con eso y a expensas de eso y sin lo cual la existencia perdería todo su sentido? ¿Un amor, una idea imposible de descartar, ágata solitaria pidiendo socorro bajo el sol? Un sueño, nada más que un sueño, preferido entre todos, vivo aun en su muerte, y del cual no podría decir sino que es la cuerda invisible que me hace caminar hasta en el **reposo físico**, abominable excusa para quien no sabe nadar río arriba entre las sábanas.

●

Tívoli, te recuerdo. La colina de las fuentes, unas sobre otras, armonio bajo el firmamento. La más alta muriendo sobre la más baja y la más baja trepando al compás de la misma música hacia la más alta. Escala de Jacob, las tempestades solares la transforman: una desaparece, otra surge y sin duda hay una hora en que todas se pierden devoradas por la propia transformación de la

colina para la cual la palabra **encantada** carecería de toda significación puesto que se trata en verdad de la propia madre de la magia. No obstante, ninguna se ha perdido nunca del todo. Mas, insisto, mi sueño no está hecho de tales materiales. Mi sueño puede caer, subir, diluirse, abandonarme a menudo, pero nunca podré decir de él que se **ha corrido de mí, por ejemplo, como una estrella al anochecer.**



“El miedo cambia la forma de las flores”.
Vicente Huidobro, “Altazor”.



Desastre Nº 25. Alto ahí hombre vestido de sol y dueño del mundo / no des un paso más hacia mi jardín con planetas verdes todavía / no des un paso más hacia mi mar congelado porque un perro verdaderamente solar duerme entre el ramaje del árbol más imposible de reconocer a causa de los cuchillos tatuados que le muestra al viento mucho más libre que los sentidos y que no recurre a historia alguna para creer que ésas son sus hojas y no las que le inventa la primavera / dormido como estoy en la ventana por cuyos cristales atravesará hoy o mañana la mujer sin nombre que me visita a la hora justa de las catástrofes y quien justificadamente ignora todo negocio relacionado con lo que no sea por ejemplo la sorpresa / ¿nunca te será posible ya no digo aceptar sino

comprender el significado de la estrella que se derrite en cada palabra cuando el corazón está más enjaulado que los leones en el Zoo? / hay una línea de la mano que rechaza con solemnidad cuanta imagen del fastidio se le pasea por el dorso y eso significa que no debes insistir ni protestar sino dejarme vivir junto a mi fogata donde una lengua de fuego canta **"Anoche cayó un planeta en el jardín"** y que parece venir de más allá de donde otra lengua le responde con el estribillo **"Junto a la ventana hay un mar de jabón"** aunque no sea más que para indicarme que mi noche está verdaderamente poblada de catástrofes.



Y ya que nada me impide, por ejemplo, llamar sirena a la imaginación y jardín a la memoria no tengo para qué olvidar que después del sol nativo, el primer sol, el segundo fue el que de algún modo debo diferenciar con el nombre de sol de Nueva York, metamorfoseado, como todo lo que creo descubrir en el exilio, en una especie de ruido ecuatorial estremecedor o de monstruo de cien cabezas ardientes. A propósito de este sol permítaseme recordar una cualidad, entre tantos defectos y abandonos, que parece fortalecerme en cualquier circunstancia y que es la de tratar de entrar lo más puramente desnudo posible en lo que para mí guarda todos los atributos mágicos de lo desconocido. Armas poderosas como son la fuerza insobornable de la sangre, los hábitos hereda-

dos, la lealtad incondicional a manes y lémures pegados a mi espalda, etc., son objeto inconscientemente de una purificación conceptual profunda que me permite hacer brillar mi pasaporte espiritual como la expresión menos ambigua de la inocencia. Noé debió bañarse en tal cristal al reconocer tierra después del diluvio. Así, qué bello lo que viene y qué mágico lo que pueda venir en seguida. Como lo es ahora este sol bajo cuyo ojo quemante sigo agregando visiones y experiencias sin que nada de lo mío se diluya, sin que ninguna de mis antiguas visiones y experiencias pierda el brillo y sin que la estrella que me sigue dicte para mí desde su escondrijo otra escritura que la que yo mismo pueda leer a toda hora en el corazón de mi mano reacia al tatuaje.

●

Pegada al muro, la sombra. El día más lúcido, el día de los imanes viene de los ojos ruidosos, de los gestos que me invitan a viajar por hilos insostenibles, fieles a la atracción peligrosa, húmedos y fríos instrumentos de la mirada en exilio. La sombra se reúne con el sol y la hierba y algo que debe ser mi posible perennidad se derrumba sonriendo sobre el lecho más brillante que el mar.

●

Por ese tiempo tenía yo de visita a una visión identificable y comunicable. Más aún, no puedo comprender el poco o el vago inte-

rés con que me dejaba encantar por ella ni explicarme a la vez la especie de familiaridad con que me permitía aceptar sus seducciones, el misterio natural de su existencia, el golpe insólito que en otros días hubiera sido para mí como la inconfundible aparición de un ángel. Quizás la única explicación posible de esa displicencia, de esa audacia o de esa irresponsabilidad sea la idea de que en tal tiempo nada me era sobrenatural, extraordinario, de otro mundo, y nada más que porque lo visible y lo invisible se habían apoderado de mí de tal modo que me parecía lo más natural de la existencia oír voces, recibir visitas ni conocidas ni invitadas o conversar con personas-objetos, a veces más objetos que personas, y como si la vida se hubiese transformado de pronto en lo que debía ser o en lo que es verdaderamente. Es decir, una vez más la inocencia, la pura inocencia de la cual todos tratan de desprenderse y que para muchos no es sino la noche o la muerte. Mas todo parece ser identificado y resuelto, al fin. Así, por entonces mi ser total parecía poseído por una idea fija: la de que todo nacía, surgía y venía del hechizo cierto que ejercía su imperio sobre mí y que no era sino el aire hipnótico del Bar de los Acróbatas. Había ahí un demonio alado parecido a una mujer y cuyas alas le salían de la boca para reinventar el mundo desde el trapecio. Oh, ese acto superior y de tan alta jerarquía como el de una visión en visita permanente. Pero, para ser sincero y para no alterar el orden o el desorden de mis contradicciones de entonces, no era reinando en su mundo

aéreo donde yo la veía en su verdadera majestad sino distribuyendo silencio a manos llenas junto a sus amigos en uno de los rincones del bar. Esa idea se me impuso a cualquier otra debido sin duda a esa **inseguridad** cierta en que yo la veía en el aire de su propia vida y tan diferente a la seguridad y al dominio de sus nervios y su espíritu de que parecía hacer alarde en el trapecio. Su cuerpo mismo, dispensador de grandes fantasías para la mente pronta a dejarse atrapar de la multitud, era para mí más flexible y luminoso en aquel cielo sin colores del bar. Ahora en cuanto a su belleza nunca me pareció estar en mayor contradicción con los espectadores del circo que cuando se le veía nadar en el aire y tanto porque daba la sensación de que ella no hacía nada por retribuir ni en mínima parte la pasión anhelante y desbordada de quienes la contemplaban pasar de un mundo a otro entre las argollas del trapecio, como porque yo estaba absolutamente seguro de que ese acto era para ella como asomarse a la ventana a mirar pasar los pájaros mientras su cuerpo permanecía de hierro al recibir las flechas no poco envenenadas de deseo de los espectadores. Nada de eso sucedía en su cielo privado. Ahí su cuerpo era para mí un oleaje soberbio y su inseguridad ante la vida una playa lejana a la que ella no quería llegar porque ahí el mundo perdía por completo su razón de ser y ella misma no sería ya sino el resto flotante de un naufragio. ¿Ideas? Quizás. Lo cierto es que yo iba a verla al circo, a su vida pública, y la seguía luego al bar, a su muerte privada.

Precisamente, era su disolución mágica, su muerte sonriente, lo que empecé a amar en ella con una fuerza irresistible. No contaba yo las horas ni las noches para regocijarme en ese amor, para otros sin color ni calor, pero para mí más placentero que cualquier otro amor y tan dentro del orden de mis visiones aunque la única realidad que ella se dignaba obsequiarme era la flor de su silencio, una flor marchita que un garzón invisible ponía indefectiblemente sobre la mesa poco después que ella se marchaba a su tercer mundo. Con ese don yo recuperaba mi vida por completo y recibía la fuerza necesaria para volver a ser, a la noche siguiente, el admirador desapasionado y, como ella, seguro de mis habilidades del todo diferentes a las suyas, pero de cuya constancia y progreso me parecía depender el equilibrio y la seguridad de su pensamiento. Cuando aquello terminó, si es que algo termina alguna vez, sentí que ella no sólo me había hecho traspaso de su habilidad y su silencio sino a la vez del oleaje de su mar vestido de león, de su playa petrificada y hasta de su destino total. Como nunca supe su nombre, la estuve recordando por largo tiempo con el que suelo llamar a personas o cosas que atravesaron para siempre el reino al cual no hago más que encaminarme pero al que nunca llego a pesar del deseo y la avaricia con que lo persigo al través de todos los resplandores terrestres.

“En el momento en que el cuchillo brillaba al través de la garganta del animal, la multitud se puso a cantar en tono ni alto ni bajo con fervor y profundo recogimiento. Entre ese canto monótono el balido inhumano resonó tan hiriente como la punta de otro cuchillo invisible. Y mientras el canto continuaba”. W. B. Seabrook, “La isla mágica”.

●

El hombre tiene que reunir su soledad como el astrónomo reúne cada noche sus estrellas. El ejercicio consiste, para uno, en el recuento de los actos y pensamientos para extraer imágenes invisibles de las visibles y formar así el movimiento desde el cual surgirán sus actos y pensamientos futuros y los medios secretos para expresarlos; para el otro, en adiestrarse en el recuento de sus constelaciones, profundamente solo y preocupado del ruido que puedan hacer de pronto en su cielo una estrella o un cometa. Por supuesto, nada impide que otros hombres y otros astrónomos se permitan quebrantar su voluntad y, llevados por el miedo, acepten el convite de los que rehuyen cielo y soledad porque les sobra jolgorio y resonancia para hartarse a sí mismos. Mas, ninguna mayor hartura para el hombre que la de saber regocijarse con sus propios secretos.

●

Este sueño crispado se complace en romper

los instantes que le son al corazón lo que las hojas al árbol.

●

Ninguna ciencia más profunda que la de pasar la mano por la frente de la noche y sentir el contacto de los rayos perdidos del sol que se le prendieron al despojarlo de su reino. Quiero un estremecimiento así para cada uno de mis pensamientos, para cada una de mis palabras y mis actos porque de otro modo corro el riesgo inútil de no saber lo que dice el corazón por la noche. Quiero cortarle las alas al temblor nocturno y atraerlo hacia la piedra de los sueños hipnotizada por mí y sin más intervención que la idea de caminar por los bosques del país que no existe. ¿Necesito para ello rechazar el contacto turbio y el consejo llamado cordial de cuanto ser lúcido me rodea no para hacerme compañía sino para destruirme? Evidentemente, no de otra manera es posible aclarar la existencia contaminada con ideas comunicables ni apartar para mí el rayo de sol, perdido entre los otros, que con su palidez de serpiente atrapa y golpea con mayor fuerza. Quiero una magia mayor, tatuada de signos, una magia de uso imposible, una magia semejante a la del corazón en sus momentos más desesperados. Por algo el hombre es un signo y no, como se quiere creer, la experiencia manejable y transportable. Con una llave de oro así nada de imposibilidades, nada de terrores en rebelión permanente

en la mirada, nada de obediencia servil, nada de lo que se da en llamar beso en la mejilla o adoración a toda prueba. Ni convivencia con el oso vestido de semejante para el reparto de consignas terrestres o celestes, ni nada con el gusano ansioso de resplandecer antes de tiempo. Que el ambiguo mensajero venga y diga su palabra. ¿A quién, si no a mí le tocaría escoger? Aún más, ¿a quién si no a mí le sería permitido señalar la exacta puerta por donde se debe pasar, el exacto cielo para quemarse los ojos, la exacta tierra donde se es acogido descalzo y sin el tatuaje no poco mixtificador de la ninguna ciencia, de la ninguna magia, de la ninguna poesía? Ah, no. Quiero una fuente más clara y más rodeada de pájaros que la mujer-noche o la mujer de vidrio que me sigue sin cesar en cada uno de mis sueños.



Sé que el reloj que me espía encenderá el último silbido mensajero que debe resonar a lo largo de mis huesos por largo tiempo desobedientes girasoles y ahora atrapados por el más sonámbulo diamante lunar que el tiempo identifica, quiérase o no, más que con la vida, con la muerte. Sé que la puerta de oro se abrirá a la hora justa y que el dragón solar perderá sus dientes a causa del silencio sin fin, y que la noche amaestrada por mis ejercicios secretos se colgará de la rama más alta del árbol a cuya sombra fabriqué, precisamente, este reloj de tantas lenguas para complacencia y regocijo de mi

corazón cómplice del resplandor de todas las piedras levantadas.



Todavía es posible pensar en la gracia. Basta evocar remotas angeologías, permitir que el cuerpo se pasee por debajo de los lechos inundados, oír la conversación en sueños de las cosas inanimadas o mirar crecer una planta por la noche. No la gracia a la espera de contactos a cielo abierto sino la gracia de estremecernos con alguna idea cuya orden sea la de pasar los pensamientos por el fuego. ¿Por qué no cenar con la vida y con la muerte junto a una misma mesa? ¿Por qué rehuir las uñas del viejo tentador, la mirada del tigre? Estamos hechos de todo y nuestros movimientos y transformaciones no son menos ágiles que los movimientos y las transformaciones de las piedras en el tiempo. No apresuremos las respuestas a nuestras propias preguntas, ni agotemos la noche primordial que nos acompaña en las viglias. No olvidemos que necesitamos acumular muchos relámpagos para morir.



Inquietante gusano de luz de las palabras ajenas.



¿Qué me importa ser el hombre que se complace en pasar al través de los muros con

una lámpara de cobre injertada en los pies? A quien me despertase de pronto con una palmada en el hombro, sin duda por interrogarme, le respondería: "¿No me atravesé los ojos con hilos para que este ejercicio me fuese al fin la más preciada satisfacción?". Porque me niego a ir en persecución de la luz que todo el mundo persigue para que los espejos sean fieles a su manera, para que las cosas sean imagen y semejanza, para que ningún pájaro errante se pare sobre las cuerdas del violín de todos los días. No quiero ni creo necesario ir a ese té donde falsos fantasmas se han puesto de acuerdo para jugar a las cartas.



El solitario entre la multitud. ¿Quién aplasta a quién? ¿Quién se desprende de quién?



El ciego le pasa la mano por los cabellos a la luz. ¿Qué vidente, si no el poeta, puede hacer lo mismo?



El viento entre los árboles, evocación del gozo primordial.



"No, no todas las cosas tienen ojos", decía la joven, tratando de quitarse las hormigas

de encima. El sol se había detenido sobre el árbol. El árbol se cambiaba de traje y era evidente su intención de salir del bosque para contar el milagro. El milagro no lograba desprenderse de la aureola llena de telarañas brillantes que no era otra cosa que la propia cabeza de Absalón. "No, no, cuando algo brilla es el corazón perdido a causa de las inclinaciones irremediables", decía la joven, tratando de retener a las hormigas para cubrirse la desnudez. El sol había descendido del árbol. Y, entonces, como en las historias, apareció el leñador formidable. El hacha le brillaba como un ojo en el hombro. El león, sí, el león, y para que todo tuviese alguna semejanza con las parábolas. Bien, decía yo que el sol había descendido del árbol y me veo obligado a agregar que cuando se sonríe en sueños es porque alguna mano flota entre la lengua del mar o que cuando se hace tan difícil caminar sobre los dientes de las escaleras solas es porque la noche triunfa definitivamente sobre los deseos sorprendidos. La verdad, nada se arregla con eso. Y sigue el afán de la joven semidesnuda atrapada súbitamente por esa luz que sólo ella conoce, pero que ahora le parece un dedo acusador. Pero ése no es mi asunto. Lo que debo decir es que con la luz nacida de los cabellos de Absalón o del dedo acusador el mundo no es lo que a veces parece que es, sobre todo cuando hay alguien en lucha por no dejarse descubrir, justamente como es el caso de esta joven llamada Agonina, tan desesperada, tan parecida al pez tratando de librarse de la red mientras el sol hace el amor una vez más a

la tierra —una idea— o mientras el leñador formidable empieza a sentir deseos de gloria y se prepara a derribar el árbol de nuevo con el sol entre las ramas, con Absalón renegando de su aureola, con el árbol mismo buscando a quién contarle el milagro, con el bosque mostrando el vientre abierto de par en par a causa de lo que le sucede, sin desearlo, y con la joven Agonina tratando en vano de cubrir su desnudez con las hormigas y ya casi resuelta del todo a saber de veras lo que sería el amor si en vez del árbol, del sol, de Absalón, del leñador, del milagro, de las hormigas, por ejemplo, apareciera de repente el bello monstruo que le enciende los sueños con una mano más larga que el invierno y que tanta semejanza guarda con el fuego que la despierta en la alta noche. La alta noche que nunca se deshace del todo y que por pura casualidad también se llama Agonina.

●

Un sueño repetido: que puedo mirar el sol sin pestañear.

●

Una satisfacción profundamente poética y que el demonio llamaría egoísta: hacer creer a quien me habla de que me dejo seducir por sus palabras sin sentido. El las repite, yo las invento.

Tratar de permanecer sería repetirnos.
Así, prepárate para el viaje. Empieza por des-

colgar esas golondrinas de la ventana,
Por soltar las mariposas anidadas en los mu-
ros a la espera de otra metamorfosis,
habituadas como nosotros a los sueños.
Y entre otras cosas no olvides comenzar a
quitarte de los ojos ese sol que ha pasa-
do a ser el sol manchado de las cebras.
Hasta puedes contar que el misterio, flor
alucinada de todas las noches —de las
noches que empiezan a ser días—.
Es la flor ruidosa más aproximada a nosotros
que el perfume.
O las especulaciones de naturalistas aterro-
rizados.
Debilidades ¿comprendes? dignas de conside-
ración, ahora que nuestra familiaridad
con el sol y la vida.
Nos permite sonreír ante la falta de sol y de
vida, ante la antigua fábula y la trampa.
Olvida que nadie se prepara para nada. Ol-
vida el terror que viene de las larvas,
de ser lo que se es entre apreciables
mixtificaciones.
Olvida que olvidar es la ciencia quemante
más parecida a la ciencia de las dis-
tracciones.
Así las golondrinas pasan a ser bienes terres-
tres y los sueños parte de los tesoros
del avaro,
Con alguna preocupación solar, con distin-
ciones para el moribundo.
Col el **somos** agrietado y el **seguir siendo**
herido a bala.
Y sin diferenciarnos de las coronas de un
día para los muertos,

Porque el corazón cultiva su jardín entre
oscuras compañías.

¿Quién utiliza el espejo para verse los huesos?

¿Quién invita a cenar a la tormenta?

Los temores no fueron nunca rosas.

Ni la alegría fue cielo jamás para los cometas.

Pero símbolos y amarantos nos vistieron al-
guna vez para la llegada del verano.

Y en algún lecho de amor nos derramamos
como vino.

Estamos hablando de amor, de amor y de
vida.

Cosas secas, dirás.

Pero de cosas secas se forman las lágrimas
sin objeto, porque la sequedad es la
compañía y lo húmedo el terror. Y
tampoco tenemos compañías: acompa-
ñamos para acompañarnos a nosotros
mismos.

Tan solo es el nacimiento aunque los padres
levanten la copa de la fábula.

Solos ellos y solos los hijos.

Y el mundo totalmente solo entre el fuego
y el agua.

Mas, gloria a nuestra inocencia ya que esta-
mos en el desprendimiento.

En el sueño en flor, en el viaje hacia la tierra.

En el ruido del sol que viene en busca de los
pasajeros del arca.



“El árbol no puede llegar a ser más que
una llama floreciente, el hombre una llama
parlante, el animal una llama errante”.—
Novalis.

LOS ESTROPICIOS

“¿Brillas entre los muertos, rayo de oro del amor?”—HOELDERLIN

¡Oh! Este día sin par en que todo parece demasiado visible. El sol mira como un niño curioso al través de los vidrios, pero de pronto entra en la habitación con el estrépito de los ojos al abrirse por la mañana. Ahora es un rayo diagonal, parecido al que en las estampas religiosas visita a santos y santas sonrientes, tras pasados ya por los imanes de otra especie de visitación. Un cono transparente por el cual se pasean innumerables insectos de otro mundo, ávidos de brillar en el corazón mismo de la catástrofe. “Este rayo es la orden del desorden”, me digo, y lo atravieso una y otra vez, puesto que el universo está en plena iridiscencia y la habitación naufraga a pesar de todo en la parte más sola de un océano, en el punto donde el sol no es un rayo solitario ni un cono translúcido sino un cristal ardiendo. He aquí, pues, la

temida y rechazada **realidad** donde las cosas son tal como son y no como suele ser posible inventarlas. He aquí el orden perenne de los objetos, el **equilibrio** que tanto fortalece a cierta especie de imaginación y que en verdad no es sino el infinito desorden y el permanente desequilibrio no sólo de las cosas sino del hombre mismo. Un rayo de sol. La realidad en persona, la sonrisa del mundo y, en una palabra, la eternidad. Y, sin embargo, a toda hora la tierra cambia de lado en el sueño como el hombre en el lecho, el mar se desborda, la casa pierde los pilares, las columnas nadan, los objetos se dividen y se subdividen y a lo mejor solamente la falta de imaginación es lo que permanece inamovible y escamada de audacia en nosotros, ciegos paseantes entre seres y cosas.

●

“Cada hombre está en poder de un espectro”.—**William Blake**.

●

Hay varias muertes. Una de ellas puede ser la de volvernos de pronto hacia la parte oscura a que da la mitad de nuestro cuerpo. La de adelante, la vida. La de atrás, la muerte. Es decir que un día el orden de las cosas cambia, nos volvemos súbitamente hacia el lado invisible y nuestra parte oscura entra en la claridad. No vemos esa claridad. Estamos muertos.

“...Y ese espectro es la forma de la muerte. El espectro es la muerte, la parte consciente del hombre que él confunde con sí mismo, con su personalidad, sus hábitos, su identidad... El espectro es invisible, como una sombra, pero cuando ejerce su ascendencia sobre el hombre todo resta sólido, incambiable, inamovible, irreal”.—Colin Wilson, “The Outsider”.

¿Saber escribir? Eso se arregla. Saber leer, he ahí la dificultad.

Me acuesto, me duermo. El hilo de mi respiración es el único contacto evidente con la vida. Pero este hilo viene desde un bosque, el más vasto, el más animado de la tierra. Un sol de rayos que han perdido el filo para no herir los ojos mira por entre los árboles y con mágica dignidad dirige la sinfonía de las soledades enmarañadas y el encantamiento de los pájaros ocultos en sus nidos. La luz hipnotizante surge de cauces primordiales, vaga por debajo de las hojas como tocando con varilla mágica los hornos apagados de la memoria donde nada podrá impedir que sigan cociéndose los panes del sueño. Entonces comprendo que es la hora de tu danza, cuerpo temporalmente muerto y unido por un hilo a la resurrección. No

hay reposo para ti ni lo necesitas porque la música avanza entre transparencias y cuerdas y tambores traen perdidas reminiscencias de vida y muerte para que la danza hable del tiempo abolido, de la angustia abolida, de la oscuridad abolida para que el gozo sea el eco total de un universo sin sobresaltos y para que el cuerpo siga desinflándose en el corazón de la noche imantada. Soy tu yo incambiable, la sombra con el oído pegado a la tierra, el árbol que da frutos color arcángel, el silencio más espacioso y más lunar por ahora que el del fondo del mar. Soy tu imagen y semejanza. Cuando el aire profético echa las cartas sobre la hierba veo claramente el día por venir, el sol por venir, los sueños por venir, las angustias metamorfoseadas en palomas o en leones que avanzan hacia mí por los desiertos. Las puertas, como las flores, se aprestan para abrirse y dejar pasar el futuro vestido de plumas o de llamas y que de todos modos será la orden que debo cumplir aún con los ojos cerrados. Y si la alfombra del recuerdo, no menos mágica que las cartas, me desprende del hilo que me sujeta a la vida aires adentro por la memoria hipnotizada me dejaré hechizar por el cielo de otro tiempo, por la sonrisa de la sota de bastos, por las palabras todavía en el limbo, por las interrogaciones aún sin respuestas, por el amor a todo fuego, por el retorno de las visiones errantes entre las cuales hay la de la mujer ahogada en el océano de su propia cabellera y un paisaje que no puede ser otro, debido a su persistencia fabulosa, que el de la **Via Appia** con pinos y ci-

preses, con el polvo en torbellino y con el silencio romano más sonriente que todos los antiguos silencios del mundo. Y tú sabes, cuerpo transparente y unido por un hilo a la resurrección, que me aterra la idea de que me sujetes demasiado a la noche y que me ahogues convirtiéndome en estatua, en la piedra real desprendida de todo vacío. Entonces, nada de igualdad y semejanza. Echa, pues, esta última idea al mar y anima el cauce donde sonríe el niño recién nacido, donde arde la danza primordial, el movimiento sin par del hombre y de la tierra, el relámpago que gira alrededor de sí mismo, la vida en resplandor a lo largo de este sueño. Que la soga del despertar tire una vez más desde el borde del pozo, pero que centella alguna corte el hilo del viaje para que el ave mensajera no pierda la aspiración del vuelo, ni el presidiario del alba deje de devorar su desayuno en la taza de ceniza. Oh, cuerpo derrumbado, portador del fuego, ojo abierto de par en par, sombra mía y fiel amenaza del Paraíso por perder.



“Oh tormento de arrancarse al sueño, en un soñado despertar. Ese sueño de despertar está condicionado también por el destino, porque tiene sus fronteras en el interior del sueño el cual se manifiesta por sí mismo en el seno del conocimiento sensible y, sin embargo, el sueño soñado es ya un sobrepasar los límites del sueño y una separación porque el corazón, desde que comienza a palpi-

tar, pide que se le abra y, dispuesto a entrar en lo real, palpita hasta las fronteras de la realidad y llama a sus puertas...".—**Hermann Broch**, "La muerte de Virgilio".

Las manos de esa joven eran unas manos errantes. Obedientes a todos los bellos menesteres de su existencia privada, se aureolaban al dejarse admirar por amigos y desconocidos e iban de un vacío a otro como dejando una estela alucinada. "Meteoros", decían algunos, por decir algo y en la imposibilidad de atrapar la palabra exacta. Lo terrible empezó cuando la joven despertó un día muy temprano y sin ellas. Quiero decir, sin sus manos. Al comienzo creyó en una idea. Pero a la tercera o cuarta vez que se despertó sin manos le fue imposible dudar ya de la catástrofe. Se prometió, y lo consiguió, despertarse en adelante a una hora desacostumbrada, es decir, al alba. Las manos estaban ahí, pegadas a su cuerpo, a ese cuerpo que de todos modos no parecía guardar relación física alguna con sus manos. Se sintió desolada. Algo andaba mal en su cabeza. Pasaron algunos días y la fuga no volvió a repetirse. Vino el sol, vino la primavera tal vez y la tranquilidad total. Pero en una oportunidad despertó a medianoche. Ahí estaban otra vez sus brazos, digamos, solitarios. Se durmió en seguida y no sin amonestar un poco a su imaginación. Al alba abrió los ojos: ahí estaban sus manos. ¿Un juego terrible? Un juego alucinado, alguna curiosa

enfermedad. Recurrió al médico. "Ideas, fatigas, infantilismos", dijo el viejo Júpiter. El juego siguió su curso. Una mañana sintió un extraño olor en ellas, que acababan de regresar. Un olor a alimentos, en una palabra, a cocina. Se encogió de hombros. En otra ocasión el olor cambió: era un aroma de hierbas humedecidas por el rocío. Más tarde fue un olor a frutas y luego no olieron sino a sus propias cremas nocturnas. Olor a manos, simplemente. Sonrió todavía. Pero una mañana ya no le fue posible seguir sonriendo al vérselas sucias, manchadas con tierra y como si hubiesen estado escarbando en el jardín. "¿Es posible?", se preguntó, atterrizada de veras. El juego se volvía trágico. No obstante se dio ánimo para esperar cosas peores. Pensó en revelar el secreto a su familia, a sus amigas y amigos. "Un espanto más", se dijo, y se contuvo. Pasó el tiempo tal vez, no se sabe, porque el tiempo no es elemento alguno en asuntos como éstos. Repitamos, pasó el tiempo. Envejeció ella, pero más envejecieron sus manos. Llegaron a ser dos ramas huesudas, pálidas, sin sangre. Le vinieron miedos religiosos. "Un castigo", pensó. Y se puso a hurgar en su conciencia. Mucho digno de culpa, sin duda. "Quizás, nunca sabemos nada. Se expía algo, eso es todo. Los cielos lo saben". Y se acomodó a la idea de dejarse castigar. Las manos se le volvieron transparentes y podía ver al través de ellas. Sus errancias nocturnas continuaban. No le era posible ya distinguir olores o manchas. No había nada que hacer en ese sentido. Tenían ellas su vida propia, como

decir, independiente de su cuerpo, de su espíritu, de todo su ser. En compensación, su hasta entonces pobre y más bien distraída imaginación se había vuelto maravillosa. Si lo bello existe realmente, todo cuanto veía era bello. Un barniz de belleza profunda brillaba a su alrededor y en sus pensamientos. Todo olía a parábola. Los movimientos más insignificantes del mundo animado tenían para ella una significación ardiente y los objetos mismos cobraban una vida extraña y despedían un deleite como nunca pudo haberlo imaginado. De ahí que, en vez de desesperarse, sonreía. Sonreía interminablemente y como si el sol la estuviese siguiendo por todas partes. Terminó por volver las espaldas a la vida. Se encerró en casa y no veía la luz más que en el jardín, allí donde más continuamente pasaban sus manos la noche. El quehacer más afanoso era para ella el de juntar la tierra que le llevaban las manos al alba para devolverla luego al jardín. En cuanto a los olores, éstos le traían la visión de la vida exterior que ella había olvidado ya casi enteramente. Pero la desesperación es un insecto cruel y solía visitarla. La resistía, diciéndose: "Un maravilloso secreto, a pesar de todo. ¿Cómo revelarlo? Nadie creería. Y luego, complicaciones. No, mejor moriré con él". Y sonreía ante sus dos hojas transparentes, reseca pero vivas, errantes y fieles a la vez. Siguió pasando el tiempo, quizás, y quizás si necesariamente mientras ella sonreía y sonreía al más insólito de los mundos. Más de una vez buscó huellas, huellas frescas que pudieran indicarle el lugar o los lugares

donde sus manos sonámbulas cavaban tierra por la noche. Inútilmente. Terminó, como al cabo de otras experiencias, preguntándose: "¿Para qué? Ellas no son ya parte de mí misma sino mi ser mismo extrañamente encantado y como si el destino hubiese querido rehacerme, transformarme, metamorfosearme". ¿Y por qué preocuparse de ese deshacerse y rehacerse raro, único, increíble? Había una compensación, le era imposible no apreciar eso. Y no sólo la compensación recibida por el trueque era el hecho de ver todo distinto, sino que debía apreciar también —que estremecimiento— la tranquilidad y la soledad no menos maravillosas que la hacían pasar como una luz en exilio entre sus pensamientos y sus actos. Parecía comprender que ese estado de gracia no es alcanzado sino a costa de un desdoblamiento tenaz y que no era otra cosa que la hacía sentirse más en sí misma y a la vez más en contacto con la claridad exterior hasta entonces desconocida: la realidad del mundo más lejano que una estrella. "Yo estaba en otro lugar", se decía, "pero a oscuras, porque pocas cosas visibles me procuraron verdadera satisfacción. Ahora es distinto y me parece alargarme en círculos alrededor de mí misma y del mundo". A veces el recuerdo, que no es un insecto cruel sino más bien el enano que habita en la lámpara maravillosa, le traía el eco, un ruido, una palabra que inconfundiblemente le sonaba como la palabra **amor**. Tampoco eso le parecía más vasto, más profundo ni de más ardor que el encantamiento en que la envolvía ahora la insólita

conducta de sus manos. En primavera o invierno, ese hechizo pegado o despegado de su cuerpo no era más que un par de hojas errantes que se desprendían y retornaban al árbol solitario. Siguió pasando el tiempo, tal vez. Un día se vio desnuda delante del espejo. Le causó extrañeza ese cuerpo joven aún y que parecía haberse detenido en el tiempo. Pero sus manos, sus manos estaban reseca y sólo parecían manos vivas debido a la transparencia que las animaba y al movimiento casi rítmico con que nadaban sujetas apenas al extremo de los brazos. Mas, había que olvidar eso también. Había que olvidarlo todo puesto que ella misma no era sino el olvido. Pero el olvido nada tenía que ver con la zona petrificada, el lugar cubierto de nubes, el universo silencioso y más lejano que todos los sueños porque ni representaba en ella la nada fabulosa que surge de la memoria ni la ausencia con que lo designan los sentidos. El olvido suyo era el lado secreto pero por eso menos vivo de su mente y, como los símbolos de nacimiento y muerte, irradiaba sobre ella la lámpara misteriosa que balancea luz y sombra, el exacto mensaje unitario de lo visible y lo invisible. Así, recordar le era lo mismo que presentir porque el mundo había sido recreado para ella y de modo que nada fuese diferente. "Una parábola, ¿de dónde me viene esta idea?, más que un símbolo", pensaba. "¿Y para qué entenderla si no necesito comunicarla?". No, ella tenía su mundo también. Un mundo pegado al de sus manos. Un mundo distinto y las leyes por las cuales éste se regía eran leyes mágicas, po-

sibles de obedecer pero difíciles de interpretar en el sentido que las leyes requieren ser interpretadas. ¿No se reducía todo a una cosa pequeña, intrascendental? Dormir, perder las manos y luego recuperarlas al venir el día, ¿no resultaba eso una pequeña e increíble fábula? Y siguió pasando el tiempo, si es que el tiempo pasa. Mas, pronto aparecieron signos evidentes de que el encantamiento trascendía fuera de las fronteras de su reino. La casa no pudo escapar a la preocupación, a la curiosidad pública ni evitar ser considerada —la imaginación no da para más— como la casa más extraña del contorno. “Algo sucede ahí, pero no se sabe”, decían los rumores con alas. Los oyó en sueños y ciertamente sin comprender. El mundo exterior se animaba en ella a su manera y aquel oleaje de convencional exterioridad no podía alcanzarla. ¿Qué significado podía tener eso para ella? Las fronteras de la casa eran inexpugnables por su propia voluntad y un círculo de fuego la rodeaba protegiéndola en el centro mismo de su tierra, de su cielo, de su noche, de su sol. El encantamiento era más fuerte que todo y el único contacto con las cosas lo ejercía al través de ese trance secreto que no necesitaba ser explicado ni entendido. Y sucedió que bruscamente se produjo otro cambio. A partir de un día cualquiera no volvió a verse sin sus manos. Al despertarse antes del alba sentía la ausencia del par de hojas secas y sabía que no estaban en su sitio porque el vacío, el abismo en que terminaban sus brazos se lo aseguraba sin lugar a dudas. Pero ella las veía y hasta

las movía en el aire como si el encantamiento de la fuga, de la ruptura más bien, se hubiese deshecho de pronto y para siempre. La primera vez que le ocurrió fue un golpe terrible. Los vapores del sueño la abandonaron y deseó desesperadamente que surgieran los primeros vapores del alba. ¿Había muerto el hechizo? ¿Iría a volver todo a la horrible realidad? Vino al fin el amanecer y todo resultó cierto en cuanto al regreso definitivo de las dos hijas pródigas, pero no en cuanto a la pérdida del hechizo pues las cosas siguieron encantadas, fantásticas, insólitas, bellas. Con un estremecimiento total y profundo agradeció esa afirmación de la gracia. Y aunque no le fue posible volver a sentirse con manos —de tal modo continuaba la ausencia, tal era la nueva metamorfosis—, al menos esa curiosa reintegración física quintuplicó su fidelidad a los secretos y alabó con mayor fe aquello que era la verdadera tranquilidad del cuerpo y del espíritu. No obstante, más de alguna noche vinieron a aletear a su alrededor las libélulas portadoras del temor. ¿Habían sus manos renunciado del todo al desprendimiento, a la errancia nocturna? Su mente, que en su excitación demasiado viva, no cesaba de atraer tanto ideas favorables como desfavorables, se negó a ir más lejos y proclamó, como la lluvia proclama la gloria del trueno, que su reino era un reino definitivamente restituido y que el orden terrestre y el orden celeste, el orden negro y el orden blanco, se habían salvado del cataclismo para resplandecer en la unidad de la gracia sin par en sí misma. Se sintió rescatada y

con todas las virtudes de lo humano puesto que la mayor parte de su cuerpo era la vida y la menor la muerte. Los símbolos del comienzo, del nacimiento, sonreían en gloria y majestad a los del fin, los de la muerte. Cerraba los ojos sonriendo, sonriendo entre su luz verdadera —expiación o recompensa— entre el misterio total, restituida, salvada, presente y ausente como sus manos reseca por fuera, lozanas por dentro. Hasta que... Oh, silenciosos dragones del destino, ¿qué nube se atravesó en el cielo para que nadie supiese exactamente el final de esta historia, la para mí más ardiente de todas las historias posibles de ser vividas o inventadas? Sólo ha sido posible saber de alguién que vio a la joven de las manos errantes en la hora de su muerte y que al oír a las gentes decir, incitadas por la poesía concreta de la muerte, que esas manos estaban más frías, por ejemplo, que el resto del cuerpo, le fue imposible rechazar la idea de que en verdad estaban frías, pero frías como una estrella.



Estropicio Nº 9. Como homenaje a la que debo llamar mujer-abeja me someto una vez más y casi con placer a la magia asesina de los hierros rojos del verano, posibilidad única de sentirla girar alrededor de todas las flores del mundo ahora que las salidas parecen haberse cerrado para mí, náufrago tendido sobre una playa cuya ubicación geográfica me es imposible adivinar y no tanto por el abandono sino por la oscuridad invernal

que ha tomado posesión de mis ojos a pesar de tenerlos tan abiertos como los del mar que parece protegerme. Bella catástrofe, puesto que aún puedo permanecer **ligado** a la presencia y a la música de quien es para mí algo más que el amor. ¿No es ella la que habita la dorada colmena del sueño desde donde se desliza hacia toda flor resplandeciente? ¿No es ella quien me trae a la noche en una azucena y al día en un diente de león? ¿No es ella la que retiene la duración del verano entre las cuerdas de arpa de su cuerpo siempre de perfume en perfume y de eternidad en eternidad? No puedo dudarle, amor, porque en este mismo instante, tarde colgada de una horca, el **Concierto N° 20** de Mozart empieza a descender desde alguna parte hacia mí, el naufrago no identificado. ¿Y a quién podría reconocer en el leve torbellino musical sino a ti, con el corazón atravesado por el rayo que a veces gusta derrumbarse sobre los jardines?



Recuerdo a la vidente ciega que me vio flotar, en una de sus adivinaciones, por supuesto, sobre las aguas de un río “más intranquilo que los ojos de una joven de quince años” —son sus palabras—, aguas que parecían negarse “a conducirme hacia el mar” y que formaron a mi alrededor “un torbellino de cabellos blancos” para permitirme flotar sin avanzar ni retroceder. Recuerdo, entre otras cosas: “Al final del camino hay un hoyo”, decía, “y pronto tu camino te llevará hasta

ese hoyo, como a todos. Sólo que, no me obligues a asegurarlo, tú demorarás un poco más que ¿quiénes? no lo sé. Es decir, flotarás por un tiempo todavía, no sobre aguas sino sobre aire. Hasta que el reloj que hay adentro del pozo te hable en campanadas. Esa será tu hora". Y después de una de sus largas pausas: "Te veo flotar ya, pero sobre aguas benignas. Te protegen, ignoro el porqué". Y finalmente, un enigma: "No olvides que en el muérdago brillan con mayor fuerza las estrellas". Lo supongo, porque aquella vidente ciega se ha perdido en mi memoria aunque la reencuentro a veces y no sé si la veo flotando sobre agua o aire o si ha oído ya al pozo hablarle "en campanadas".



"...La tierra me ofrece un camino entre sus antros profundos y después de atravesarlos vuelvo a ver los astros que se ocultaban a mis ojos". Ovidio, "Las metamorfosis".

ENTRE SUS SUEÑOS EL TROGLODITA

“Nuestra vida no es un sueño,
pero es posible que llegue a ser
un sueño”.

NOVALIS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

He aquí mi casa: un hoyo. He aquí mi tierra: un rayo de sol. He aquí mi cielo: una lámpara. Lo demás, el silencio desde el principio del mundo: mi cuerpo en este triple espacio donde día y noche entierra y desentierra los granos de una memoria que apenas le pertenece y donde la vida es una piedra levantada y la muerte una piedra enterrada, ambas encendidas de tal modo que a veces me es imposible saber si soy alguna cosa entre ellas o si ellas son, en verdad y para siempre, el paisaje que me restituye a la tierra o si se trata solamente de una imagen detenida en el tiempo y a la que debo encender una fogata más alta que el cielo

para que el hombre desnudo y olvidado que soy pueda seguir enterrando y desenterrando los granos de una memoria que más que virtuosa, en el sentido de las grandes experiencias, es solamente una ciega ladrona de lámparas olvidadas.

●

No, ni en la luz en que duermes, ni en el plácido vaivén entre universo y universo, ni entre los signos parecidos a los que giran en la esfera de los relojes muertos que en las grandes ciudades son el ojo lunar de las torres. No, porque la vida más vida que ninguna te alimenta de noche como a un pájaro.

●

El mundo es en ti una barca con guirnaldas en la soledad del mar, una danza lejana en la que mis ojos te sostienen entre olas más preocupadas de la música de las profundidades que del viento. Tu muerte o mi muerte serán un día como el derrumbe fortuito de una lámpara.

●

Oh y el viento alucinado que pasa entre tu cuerpo y mi cuerpo: apenas el leve sonido de la vida.

●

Pienso en el día en que las estrellas se desprenderán una por una hacia la tierra. Será cuando yo entienda, por fin, el lenguaje del abismo en conversación con las hormigas.

●

Todo puede ser glorificación. El mundo despierto, el mundo dormido. El cuerpo en todos los colores del día y de la noche. El movimiento y el reposo unidos por algunas de las palabras más indescifrables, por la respiración de algunas de las ideas más secretas, por el calor de algunos de los pensamientos más parecidos, por ejemplo, al esplendor de la vida. Y yo junto a eso. Yo, el viajero que habrá aprendido a cambiar de piel como las serpientes.

●

Homenaje al homenaje de tu mirada en aparición y resplandor. Aun cuando a veces yo vuelva el corazón hacia los fantasmas cantores que levantan fuegos misteriosos en colinas tan invisibles para ti como para mí.

●

En esta vida, ya ves, que es imaginación total aunque nuestros sentidos se identifiquen con seres y cosas, aunque nuestros pasos se unan a otros pasos y seamos viajeros entre viajeros. ¿Somos? ¿Vamos? Nos llevan. tal vez. Nos llevan imantados, quizás.

●

Ayúdame a recoger el rocío que se le cayó a la noche antes de irse a dormir.

●

¡Oh y qué bello era el sol olvidado por todos!

●

Un comienzo de poema: "Cierro la puerta de mi vida y te entrego las llaves...".

●

Lámpara N° 13. No hay alucinación permanente ni encantamiento temporal. Lo que hay en el hombre es la lucha contra las alucinaciones, en él siempre breves, y el acecho de algunos encantamientos, los más comunes, los más falsos, pero que de todos modos apenas si le sirven para sacudirse la piel. El miedo, plato servido a toda hora. La piel, que le es ya, contra su voluntad, una alucinación y un encantamiento, aunque le procuran menos placer que al animal o al pájaro.

●

En el esplendor de la noche, es decir, en el esplendor de tu vida, la nostalgia es un fuego en las colinas. Porque viejos tocadores de arpa evocan el exilio de sus propias sombras.

Y cualquier pensamiento levanta su humareda a propósito de la música.

Duerme, pues, vuelto hacia el muro, donde mi sombra debe pulsar algún instrumento para ser atraída. El camino del descenso es a veces confundido con el camino del retorno.

En el silencio de la hierba hay algunos insectos felices, reúnen semillas de sol con forma de avispa para que todo se confunda con las reminiscencias.

●

Nos vemos pasar
No del todo resueltos a extrañas
Participaciones.

●

Tú dirás qué es la vida, yo diré qué es la aspiración hacia el movimiento cuando la vida pasa por tu mirada como sobre una cuerda. El viento dirá cómo se danza en la arena de los desiertos, yo diré cómo hay que dar transparencia a los huesos para dormir. La lluvia dirá cómo se canta de hoja en hoja en un bosque, yo diré cómo se aprende a encantar los precipicios. Tú dirás cómo habrá que desnudarse para la cita con la tierra, y yo diré, balbuceando, cómo habrá que pre-

parar los ungüentos que el cuerpo necesita para la muerte.

●

Levántate en sueños, así se está más despierto. Nada sería posible sin la virtud, no solamente de los sueños, sino del sueño concreto que es el tránsito terrestre. Una raíz extrae a la otra y yo extraigo para ti la soledad que olvidó la paloma en el nido.

●

El hoyo resplandeciente que abren los años al fin: ahí viví, desde ahí me dejé tocar por las vibraciones totales de la vida. Y ahí, sin saberlo, tejí la red para la muerte. Ahora el sol canta en el hoyo que podría llamar mágico.

●

Energía, fe, la perenne ansiedad. ¿Y la tierra, el mar, los pájaros? Ninguna convulsión. Solamente un poco de luz inexpresable.

●

Todas las ciudades me siguen, mas ninguna noche extranjera me ciñe. ¿Estoy hecho de materiales derrumbables?

El poder del exilio.

El poder de amar la lejanía en uno mismo.

El poder de partir en dos partes la memoria y unir lejanía y proximidad. Voces que cruzan los espacios, pájaros que emigran con las alas marcadas. Y el fuego de la noche igual en todas partes. Mas, ¿de qué profundidad asciendo cada mañana? De la única, de la de mi ser: la misma aquí, allá y en todas partes.



Se habían encendido los muros de la sala abierta y los invitados entraban tan solos como las nubes estivales y tomaban asiento con la misma naturalidad con que se hubiesen tendido a dormir. A dormir, por fin, un sueño real donde cada uno conversaba con delfines de rápida aparición por el lado de algún mar. De pronto uno de los invitados levantó las manos. Nada dijo, ni nadie dijo nada. Pero todos bajaron la mirada hacia la arena. Esa fue, para ellos, la primera vez que entró en sus cuerpos la ceniza.



No es tiempo de soñar bellos sueños. Se sabe. Ni es tiempo de reunir palabras para uno mismo ni para unos pocos cuya herida no se cierra temporalmente sino a golpes de magia. Se dice. Ni es posible tener de visita a una mariposa. Se cree. Ni hay ya misterio alguno que resulte superior a la tranquilidad. Se predica. Ni el hombre puede caminar ne-

gándose a llevar a sus semejantes al hombro. Se aconseja. Ni hay que perdonarle la vida a aquel que apartó sueño para tener casa que convidar y palabra que decir. Se ordena. Ni se puede negar la existencia del héroe de nuestro tiempo. Se enseña. Ni hay que despertar al hombre de su pesadilla para que abra la ventana que da al resplandor de la más cerrada de las noches. Se prohíbe. Sí, y sobre todo se prohíbe vivir. No es tiempo de soñar bellos sueños.

Decías “era extraño era horrible el gusano sobre la boca del tulipán” / Te contentabas tanto con el grito que gritar te era estar en el concierto entre jóvenes agrietados aunque el himno terrestre subía y subía a semejanza de las palabras que vienen cargadas por el relámpago porque de la arena se levantan un día en que es bello dejarse llevar por la vida o por planetas minúsculos arrojados del espacio víctimas de la primera caída / Decías y querías imponer la idea de que nada dan la vida ni la muerte más que lo que da la mano del hombre / Extraño y horrible en la cólera en el sopor en el vapor que nadie te daba aunque creías recoger los mensajes abandonados por el lejano condenado a muerte ajeno a toda obediencia o adoración / Oh y cómo el tiempo pedía auxilio en los ojos de aquel que te llevaba de la mano hacia la **luminosidad** sin par.

La poesía no es, precisamente, nada de aquello que se dijo, se dice, se dirá. Sólo se sabe a ciencia cierta que a menudo se le busca y se le encuentra. Porque, por ejemplo, el sonido de arpa de los pinos solitarios...



Aquel hombre, mi amigo, dormía despojado de todos sus pensamientos. El leve cataclismo ocurrió de pronto. Primero fue la idea de que adoraba y luego pasó a una especie de temblor. Comprendió que debía poseer el don de reunir gran parte de aquello que el hombre inventa para adorar a ojos cerrados. Dios que duerme no es dios. Eso era lo único que decía y lo repetía el eco de un sol somnoliento sobre el océano de su cabeza desinflada.



Pregúntame, pregúntame. ¿Sabes lo que es poner de pronto las manos sobre el hombro de quien está desnudándose? Pregúntame. ¿Sabes lo que es atrapar un pájaro en el vuelo? Pregúntame. Yo te respondería: "Atrapar, atrapar. Esa es la sabiduría total. No la tuya, ni la mía. La de la tierra".



Vivimos el tiempo superlativo. Horrible, ya lo sé. En estos días no se pide vida, se exige muerte. ¿Una idea? Pues, a la muerte. ¿La contemplación? A la muerte. ¿La acción? A la muerte. ¿La ciencia? A la muerte. ¿La so-

ledad? A la muerte. ¿La poesía? A la muerte. Naturalmente, olvidamos ser. Y cuando alguien enjuicia a la vida, todos preparan las horcas. ¡Oh las palabras sombrías! No las tuyas, no las mías. Solamente las del hombre de este tiempo y de todos los tiempos que dice: "Prohibición absoluta de no ser como yo".

●

Con permiso. Voy a mirar el sol. Voy a tenderme sobre la hierba a escuchar lo que dicen las cosas mínimas. Porque las cosas mínimas hablan justamente, al revés de lo que se cree, el lenguaje apenas comunicable.

●

Lo real y lo irreal, reunidos como en una vida, como en una contemplación, como en una acción, como en una boda, como en una muerte. Iba a decir también como en un nacimiento. Pero hoy no se nace, se muere.

●

Cuando la noche entró de repente en la cabeza de aquel hombre que se miraba las líneas de la mano...

●

Cúidate de tu poesía. Por la poesía.

●

Hay quien lee y escoge. Hay quien escoge y no lee. Y hay también aquel que se parece al cosechador de frutos: el que los trata como a frutos y el que los corta. Dime ahora de qué lado vendrá el sol el jueves próximo. Enigmas, experiencias odiosas.



¿Qué haríamos con un meteoro entre las manos? Yo lo sé, o al menos creo saberlo: se lo daría a aquel que cree que todo ha desaparecido.



Lo que decía a muerta voz el moribundo. Recordé el trozo de mástil que encontré un día en la playa. Imaginé sus viajes. Las tempestades. Los días de sol en alta mar o en islas donde las plantas le dan a uno los buenos días apretándole la mano. Y donde el hombre llamado salvaje le habla a uno de la vida, de los dioses, de la alegría, del terror, del conocimiento, de la poesía que brota como un vino de los geroglíficos, de todo lo que uno apenas comprende. Un moribundo. Un trozo de mástil abandonado en la playa de la vida. El único que sabe en verdad lo que habla, el único que sabe lo que dice. El único, justamente, que no será jamás escuchado.

Nueva York, 1961.

BIBLIOTECA NACIONAL

12 AGO, 1963

Secc: Control y Cat.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

**"EL SOL ES UN PAJARO
CAUTIVO EN EL RELOJ"**

de Rosamel del Valle

se terminó de imprimir el día
veinte de junio de mil no-
vecientos sesenta y tres en los
talleres de Arancibia Hnos.,
calle Coronel Alvarado 2602
Santiago - Chile